



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarle, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

IV. Conversar “en María”

1. En la familia de Nazaret
2. “Nuestra conversación está en los cielos” (Fil 3,20)
3. La “acústica” de los espacios y la concordia
4. Desatar los nudos con la palabra: Perdonar, prometer, agradecer

1. En la familia de Nazaret

El evangelio de Lucas abre el ministerio público de Jesús con un episodio que podría tener como protagonista en la sombra a la Virgen María (a fin de cuentas, Lucas es el “evangelista de María”). En Nazaret, donde se había criado, Jesús entra en la sinagoga y todos le escuchan leer la Escritura tan deliciosamente que sus ojos se quedan prendados de Él (Lc 4,20). Imaginamos el sano orgullo materno de María, que habría enseñado a leer a su hijo. Al menos es muy posible pensar que lo hiciera ella, según la descripción que nos da Prov 31,26 de la

“mujer fuerte” que “abre su boca juiciosamente y su lengua enseña [a sus hijos] con bondad”. Así la Virgen María, “mujer fuerte”, educadora de su Hijo (ver Prov 1,8; 6,20; 31,1), al que, probablemente, iniciaría también en la lectura. La tradición artística, de hecho, ha representado a Nuestra Señora enseñando a Jesús la cartilla. En España tenemos, por ejemplo, un precioso cuadro de Luis de Morales sobre esta temática. Y recomiendo también un lienzo delicadísimo de Carlo Maratta con el mismo motivo.

En definitiva, esta estampa tierna nos recuerda la humanidad verdadera del Hijo de Dios encarnado. Aprendió a hablar y a leer de sus padres. El Verbo humanado asimiló nuestro lenguaje en una urdimbre afectiva particular, en un primer ambiente: *la familia Sagrada, José y María*.

Sabemos que los niños aprenden a hablar porque, de modo enigmático, se introducen afectivamente en la conversación de los padres. El niño Jesús asimiló también ese ambiente familiar rico en palabras. Cuántas conversaciones a la mesa, en el descanso sabático o llegando a casa del trabajo. Jesús aprendió los sustantivos, verbos y adjetivos; y también la importancia de los *adverbios*, tan decisivos en la educación y tan olvidados, a veces, hoy día: “no”, “pronto/tarde”, “bien/mal”, “nunca”, “siempre”.

El título de este tema, “conversar en María”, significa que María es quien crea el *ambiente* de la conversación familiar, como es propio de la mujer en casa.

Hay otro ejemplo que nos puede ayudar: la familia de Betania. Allí otra María, “sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra” (Lc 10,39). Ella había comprendido, frente a Marta, que la primera acogida que hay que dar a un huésped es la conversación (antes incluso que la comida y las sillas por las que Marta tanto se afanaba). María estaba generando la atmósfera adecuada para recibir al Maestro.

El “ambiente” para la conversación familiar está hecho de *espacios acogedores*, de *tiempos propicios* y de las *virtudes propias del buen conversar*: afabilidad, escucha, educación, interés... y un poco de picante, como dice el Apóstol: “Sea vuestra conversación siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno” (Col 4,6).

¿De qué hablamos? ¿Qué nos interesa? ¿Tópicos de la calle? ¿Algo más? Se atribuye a Roosevelt la sentencia: “Las mentes grandes hablan de ideas; las mediocres, de eventos; las estrechas, solo de gente”. No es exactamente así, pero sí nos invita a una reflexión sobre nuestros modos, hábitos y temas de conversación. También, y más importante, una consideración de los ambientes humanos que generamos en familia en los que se hace posible el hablar creativo para que aprendamos a “prometer”, a “pedir perdón”, a “dar gracias”, a “preguntar”, a “felicitar”, a “orar juntos”...

2. “Nuestra conversación está en los cielos” (Fil 3,20)

Vayamos con una brevíssima reflexión sobre el lenguaje, que nos puede ayudar a profundizar un poco más. El lenguaje no es solo una “herramienta” para dar nombre a las cosas y poder así entendernos. Una concepción “utilitarista” reduce cada palabra a una especie de “post-it” que le pegamos a las cosas para localizarlas. La realidad es mucho más grande y hermosa. El lenguaje es creativo. *Las palabras generan realidad*. La “promesa” no estaba ahí antes de que yo dijera: “lo haré, me comprometo a ello”. El vínculo con Teresa no existía hasta que respondí: “Sí, quiero”. El perdón no se había concedido, hasta que le dije a mi hermano: “lo siento”, y el respondió: “no pasa nada; yo también me dejé llevar por los nervios”. Al decir: “me comprometo”, “sí quiero”, “perdona” he generado una realidad nueva que no existía. He aquí la fuerza, el milagro engendrador de la palabra.

El lenguaje, por tanto, es mucho más que una caja de herramientas. Las palabras son mucho más que cajones donde metemos las cosas. Dime cómo hablas y te diré quién eres. El lenguaje implica un modo de vivir. Por ejemplo, si no sé dar nombre a mis afectos, si no sé llamarlos, no podré acceder a su interpretación. Confundiré entonces la melancolía con la nostalgia, o la alegría con la excitación, o la ira con el desahogo. Otro ejemplo: si no tengo palabras para narrar mi vida e interpretarla, acabaré viviendo episódicamente, fragmentariamente. El lenguaje es, por consiguiente, decisivo en nuestra vida. Copio por su interés este párrafo del libro *La selva del lenguaje*, de José Antonio Marina (aunque no coincido con el enfoque general del libro):

“Alexis no sabía si lo que sentía por Sonia era amor, gratitud, deseo, compasión o solo la satisfacción de sentirse querido. Es una frase muy extraña. ¿Cómo no va a saber Alexis lo que siente si los sentimientos son forzosamente experiencias conscientes? Lo que sucede es que no sabe reconocer lo que siente, es decir, no sabe situar su experiencia dentro del plano del mundo afectivo que posee. Y mientras no lo haga, mientras no consiga identificar sus sentimientos en el catálogo sentimental que su cultura le ha entregado, donde se señalan las expectativas y la posible evolución del sentimiento, el contenido de su conciencia permanecerá confuso, sin definición”.

Sin poner palabras a nuestros afectos, nos volvemos “analfabetos afectivos”. ¿Qué significa “aprender a hablar en María”? Quiere decir, interpretar nuestra vida, nuestros deseos, nuestros afectos, en la escuela de la Madre de Dios. El mundo posmoderno tienta continuamente al hombre con un ideal de vida hecho de “pequeños relatos”, de breves capítulos de una serie inacabada; le provoca también con una existencia emotivista. En María podemos acceder al lenguaje que da unidad a nuestra vida, es decir, a esas grandes palabras que le dan una lógica completa: “comprometerse”, “confesar”, “agradecer”…

A esta luz, también, ¿qué significa “elevar los temas de conversación” en la familia? No se trata de que nos pongamos a hablar de intrincadas cuestiones teológicas o a disertar sobre problemas filosóficos e investigar los enigmas de la Escritura. San Pablo dice (según la traducción de la Vulgata): “Nuestra conversación está en los cielos” (Fil 3,20). Esto se puede aplicar esencialmente a lo que significa “elevar nuestra conversación” en la familia. Se trata de “hablar en María”. Ciertamente, la conversación versará sobre lo que ha sucedido en el trabajo, sobre la respuesta del carnicero, sobre el catarro del conserje o sobre las notas de los niños. Pero el ambiente de la conversación, su tonalidad y su marca serán: *en María*. Preside la caridad, la construcción de la familia en la fe, la apertura a una esperanza. Al conversar compartimos los dones que hemos recibido de Dios, cómo crecen cada día y qué ilusión suscitan en nuestra vida juntos. Nuestra conversación entonces “estará en los cielos”. San John Henry Newman aplicaba este versículo de la Carta a los Filipenses de san Pablo (Fil 3,20) a la oración, al lenguaje de la plegaria familiar. Y podemos pensar que “elevar el tema de conversación” en la familia es también rezar juntos.

3. La “acústica” de los espacios y la concordia

San Pablo exhorta a los cristianos de Corinto a tener “un mismo hablar” (1 Cor 1,10). ¿Qué significa esto? Expresa la concordia. No es que todos tengan que repetir lo mismo, como una consigna o un mantra, como si fueran loros. Eso sería falta de creatividad o quizás manipulación. Tener “un mismo hablar” significa que no haya “cismas” en la comunidad, que no ande cada uno diciendo “la suya”, que no haya murmuración, que haya unidad en la búsqueda de lo verdadero. Esa unanimidad en el conversar se va a llamar después “amor” (1 Cor 13) y se concretará en la comunión en torno a la “Eucaristía” (en 1 Cor 11).

“Conversar en María” ayuda precisamente a comprender la concordia. Ella nos da la clave de lo que es “un mismo hablar”. Ella sabe preguntar (“¿cómo será eso?”), a veces con el tono de humilde reprensión propio de quien ama y no entiende (“¿por qué nos has tratado así?”). Sus palabras no son complacientes, bienquedas, afectadas o formales. Tener “un mismo hablar” en María da cauce a un lenguaje veraz, creativo, que afronta sin miedo los temas complicados y, al mismo tiempo, cree sin límites y espera sin límites (1 Cor 13). María reconduce de algún modo nuestra conversación al ambiente de la Eucaristía, lugar de la “unidad” por excelencia.

Puede ayudar aquí un término que emplea últimamente la antropología. Se trata del concepto de “resonancia”. Harmut Rosa, que ha popularizado esta terminología, explica en varios de sus libros la necesidad de generar ambientes y espacios humanos “resonantes”, donde venzamos la “aceleración” a la que nos lleva el mundo contemporáneo. Frente a la “angustia productiva” y los ritmos frenéticos, la “resonancia” nos llama a velar por ambientes donde podamos estar, conversar, amar, es decir, llevar una vida humana digna de tal nombre. Harmut Rosa testimonia así una sed de ambientes de humanidad.

Pero “en María” encontramos una resonancia mejor. Lo que resuena es el Espíritu de Dios. Y así, “conversar en María” significa que surgirán conversaciones nuevas que ya no se rigen solo con nuestros criterios, sino con los del Espíritu. Un matrimonio que conversa en María sobre qué hacer con el suegro enfermo, sobre si aumentar la familia, sobre qué colegio elegir para los hijos o sobre si consagrarse en Familias de Betania, se abre a que aparezca una luz inesperada, la luz de Dios, que encauce la respuesta hacia un inesperado “más”.

Naturalmente, el ambiente que genera María no será nunca “anecoico” (un espacio sin “ecos”, una habitación tan silenciosa, tan silenciosa, que hasta da miedo moverse). Hogar implica llantos y gritos propios de los niños. En la vida de familia, el Espíritu resuena también entre gemidos nocturnos del bebé (que son divinos, aunque a veces no lo parezcan). Al mismo tiempo, será un ambiente no contaminado por otros muchos ruidos que nos despistan (televisión de fondo, por ejemplo; “ruido” de móvil en casa). Un ambiente, en fin, donde pueda resonar el Espíritu y en el que se encuentran también momentos, espacios, ritos significativos para que pueda atenderse a la escucha de la Palabra, como hacía la otra María, la de Betania, a los pies de Jesús.

4. Desatar los nudos con la palabra: Perdonar, prometer, agradecer

Nos puede ayudar ahora un sucinto vocabulario (se podría aumentar) de tres palabras propias del “diccionario mariano”. Son términos que desatan los nudos de la discordia y que tejen la vida de María. Señalamos:

Perdón. Dice el libro de los Proverbios que “el odio provoca pendencias, el amor perdona toda ofensa” (Prov 10,12). ¡Qué importante introducir esta palabra en el vocabulario familiar! Porque puede ocurrir que el niño no la escuche nunca, que no se diga nunca en casa “lo siento”, “discúlpame”...

A veces damos el perdón por hecho, lo *presuponemos*. Convendría no presuponer, sino anteponer el perdón. También dicen los Proverbios: “El hombre sensato domina su ira y tiene a gala perdonar la ofensa” (Prov 19,11). Habría que preguntarse si practicamos las dos vertientes: pedir perdón y perdonar. Podría parecer que es más difícil pedirlo, pero ocurre que el concederlo de corazón es costoso, de hecho, es un acto divino, es propio de Dios, como en la parábola del Padre misericordioso.

Gracias. “Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo. *Y sed agradecidos*” (Col 3,15). El inciso final de esta frase del

apóstol Pablo es llamativo. Como si quisiera que no se le escapara algo en lo que llevaba tiempo pensando: “Y sed agradecidos”. San Pablo, de hecho, comienza todas sus cartas con una “acción de gracias”.

Ocurre que reconocer los dones recibidos puede sonar a veces superfluo o inútil. Es poco productivo. A ChatGPT no hay que darle gracias por la información que nos brinda. Por eso, la aceleración moderna puede llevarnos a eliminar esta palabra o ir reduciendo su espacio hasta la insignificancia. Y, sin embargo, todas las virtudes y toda la vida de fe comienza por aquí, por el agradecimiento. El *Magnificat* de María, ¿no es acaso una oración tejida de agradecimiento a Dios porque ha mirado la humillación de su esclava?

Prometer. Otra palabra en la que María es experta. Su “Hágase” no es solo una aceptación pasiva de la voluntad de Dios. Tiene también un sentido activo: ella se compromete a participar en el plan de salvación. Es maestra en prometer. Necesitamos generar ambientes donde se puedan realizar promesas. Es quizás una de las tareas más urgentes de la familia.

Si algo sabemos del Dios de la Biblia es que es un Dios que “promete”: desde Abraham, Isaac, Jacob, David, el pueblo de Israel... Y para cumplir todas sus promesas, cuando llegó el tiempo, envió Dios a su Hijo, “nacido de una mujer” (Gál 4,4), nacido de María. En ella, “en María”, Dios nos ha enseñado el sentido de todas sus promesas y aprendemos también nosotros a prometer.

5. *Preguntas*

Preguntas para el diálogo conyugal:

¿Cómo “elevar” nuestras conversaciones conyugales? ¿Qué medios nos pueden ayudar en concreto a que esas conversaciones nos enseñen a compartir y a crecer como matrimonio? Y con los hijos, ¿qué espacios les ayudan a tener confianza al hablar, a escucharles de verdad y a que se genere una verdadera conversación? También, ¿cómo generar ambientes adecuados para el lenguaje de la oración en familia?

Preguntas para la reunión

1. El tema ha hablado de “conversar en María”, ¿qué significa esto?, ¿qué novedad puede aportar a la familia? Se pueden describir situaciones o momentos en los que quizás se ve más claro (a la hora de pedir “perdón” o en el momento de “agradecer” algo), pero, ¿cómo acontece esto en la vida cotidiana de la familia? ¿Qué amigos y qué enemigos tiene el “conversar en María” familiar?

2. ¿Qué palabras añadirías al “diccionario mariano” que se propone en el punto 3? ¿Cómo prolongarías ese vocabulario y qué palabras te parecen más decisivas en el trato familiar y que más pueden abrir a la concordia?

3. ¿Cómo elevar los temas de conversación familiares? ¿De qué se habla en casa? ¿Se habla en casa? El tema da alguna luz sobre los modos en que, con un sano realismo sobre lo que es la vida en familia, podemos también hacer que “nuestra conversación esté en los cielos”, ¿cuáles nos pueden ayudar más?